

APORTACIONES GRIEGAS AL ORIGEN DE LA NOVELA

MANUEL BRICENO JAUREGUI, S. J.

"La novela, última degeneración de la epopeya, no existió, no podía existir en la edad clásica de las letras griegas. Pero elementos de ella hubo sin duda y pueden encontrarse dispersos en otros géneros".

M. Menéndez Pelayo,
Orígenes de la Novela, cp. I

El término **novela** puede ser moderno, pero la modalidad ha existido siempre. Desde los tiempos más remotos la imaginación del hombre ha ido creando narraciones fantásticas por el solo gusto de contar, de recrear, de divertirse, o por razones didácticas. La curiosidad de los niños ha dicho siempre: "Cuéntame un cuento". Es la expresión de una necesidad en la infancia del mundo. Nace y vive como un género esencialmente oral, como una producción artística que surge antes que ninguna otra realización literaria. Pasa de boca en boca, aunque las bocas hablen lenguas distintas.

A medida que madura la humanidad deja a un lado lo infantil, y va olvidando insensiblemente tales historias. Sólo las culturas adultas son capaces de conservarlas en forma permanente y darles expresión perdurable que resista los años. He ahí el logro del pueblo heleno al dar forma estereotipada de novela a mucho del material flotante de los orientales (1).

La cuentística del antiguo Egipto en particular, que ha llegado hasta nosotros, es de las más remotas, y su influjo en Grecia es notable. Conservamos de allí cuentos fantásticos, que encierran precio-

(1) Cfr. S. Gaselee, *Appendix on the Greek Novel*, Daphnis and Chloe, Loeb Class. Libr., pg. 403.

sos gérmenes novelísticos y datos curiosos de historia, geografía y de costumbres. Como la conocida **Historia de un náufrago** en la isla maravillosa del "dragón de treinta varas de largo, con una cola de dos", e "incrustaciones de oro en el cuerpo", y "con cejas de lapislázuli. . .", monstruo que estuvo a punto de "desintegrarlo" haciéndolo invisible. . . Tal "historia" data del Imperio Medio, es decir, unos dos mil años antes de Cristo. Se conservó en un papiro, escrito en caracteres hieráticos para una biblioteca de la época de la dinastía XII, y fue descubierto el siglo pasado por el egiptólogo ruso V. S. Golenischev.

No quisiéramos pasar por alto ciertas "coincidencias" con la **Odisea**. El náufrago egipcio había partido a una mina a bordo de una nave con ciento cincuenta expertos marineros cuando le sorprendió una tempestad. "Al sobrevenir la tormenta nos hallábamos en el mar, sin que hubiéramos tomado tierra todavía. Sopló el viento y levantó una ola de más de ocho varas de alto. Me cogí de un madero. Se hundió el barco, y de los que iban a bordo nadie sobrevivió. Una ola me arrojó a la playa. Pasé tres días solo, teniendo a mi corazón por único compañero. En la noche dormía en la hojarasca y abrazaba las sombras. En el día estiraba las piernas y buscaba algo que llevar a la boca. . . ." (Cuenta en seguida la aventura con el dragón, el diólogo con él, la nostalgia del hogar "que es más bello que cualquier cosa". Transcurren los meses. "Aperado" con regalos y perfumes, se embarca rumbo a su patria en un navío que le facilita el monstruo).

Aquí, lo mismo que en Homero, se funden el espíritu de aventura, el gusto por lo fantástico, lo familiar, y la interesante técnica del comienzo.

De la misma época que el anterior es la **Historia de Sinué** (Senehat), que en otro papiro descubrió Francois Chabás (1863): son también aventuras, aunque de otro género. Un cortesano egipcio, de cultura fanfarronamente superior a la de los demás pueblos, huye a Siria. La imaginación desempeña su papel preponderante, con cierto sabor y calor de realidad, que "no disonaría en una novela moderna rica de episodios y aventuras" (2).

Y así muchos "novelistas", que revelan un arsenal de narraciones orientales viejas, esparcidas por todo el mundo mediterráneo.

(2) S. Prampolini, *Historia Universal de la Literatura*, Uthca Argentina, Buenos Aires, (1940), II, pág. 133.

No es necesario remontarse a los orígenes del género como tal, para apreciar la contribución de los griegos a la novela naciente. Ciertos autores (3) quieren hacer derivar la novela griega totalmente de los mitos orientales: en último término —según ellos— esta sería la representación de los sufrimientos de Isis y Osiris, y su muerte. Osiris, conforme a la leyenda egipcia, ha sido rey de la tierra, pero es asesinado por los celos de su hermano Seth, quien descuartiza el cadáver y echa los trozos al Nilo. Mas Isis, la fiel esposa de Osiris, recoge los miembros dispersos; el Rey es restituido a la vida, y reina desde entonces en el otro mundo. Mas el vengativo Seth encauza sus criminales propósitos contra Horo, el hijo de ellos. La madre se ve obligada a huir a los pantanos impenetrables del Delta para salvar la vida del infante. Y en esa forma continúa el cuento. De manera que la novela, en sus orígenes, se reduciría a "textos de misterios".

Es verdad que el rasgo más significativo de los romances griegos es su carácter no-griego. Sustancialmente los elementos son orientales que, en larga y lenta migración, han pasado de Asia a los helenos. Más aún, casi todos los novelistas tienen sangre oriental. El enfoque amoroso de estas obras está a menudo en **onda** con los **misterios**. Pero esto no parece suficiente para hacerlos derivar de tal origen. En todo caso, sea cual sea la fuente y la forma literaria, el hecho es que en todas las historias antiguas, en los relatos imaginarios largos o cortos, graves o amenos, serios o satíricos, religiosos o eróticos, en fábulas o apólogos de los helenos podemos encontrar los gérmenes de la futura novela (4).

Entre los hombres el arte de contar comenzó, en sus antiquísimos orígenes, con carácter mítico y transcendental, "que se fue perdiendo con los años, hasta quedar la mera envoltura poética" (5).

El **mito**, con su infinita riqueza de fantasía, de anécdotas y personajes, de luchas pasionales y caracteres humano-divinos, de aventuras y realismo dramático, de complicaciones y suspenso, es evidentemente manantial fecundo de elementos explotables en literatura. Y cuando los tiempos de revolución y crisis siguen a los días de fe, y lo sagrado se seculariza, cuando deja de ser una fuerza viva, entonces

(3) K. Kerényi, *Die griech.-orient. Romantik. in religionsgeschichtlicher Beleuchtung*, Tübingen 1927. - R. Merkelbach, *Roman und Mysticism in der Antike*, Munich 1962.

(4) M. Menéndez Pelayo, o. l., cp. I.

(5) *ibid.*

se da cabida a toda clase de ficciones en épica o en prosa. Desatórtunadamente no conocemos ahora muchas de tales historias religiosas de Grecia, sino por las versiones latinas viejas que se difundieron durante la Edad Media. Ellas son en particular las referentes a Troya, tales como la **Troica** de Hegesianacte, y otras más.

Hesíodo de Ascra (s. VIII a. C.) da cuerpo a una masa de esas creencias acerca de los orígenes divinos, que han llegado a él por caminos rústicos. Vivían desde muy antiguo en la boca y en el corazón del pueblo. Pues bien, con arte heredado de los aedos homéricos troza Hesíodo el nacimiento del universo. Es casi una fantasía de imposible:

En el principio era el Caos. De él nace la Tierra y el Amor. Este se ganará las almas de los hombres y los dioses. Del Caos brotan el Erebo —la Oscuridad primera— y la Noche: de quienes aparecen el Eter y la Luz. La Tierra engendra el Cielo, de cuya mutua unión vienen los Titanes, y los Cíclopes, y los Gigantes centimanos y pentacéfalos. Los Titanes, capitaneados por Cronos —el Tiempo—, el más temible de todos, se rebelan contra el padre de este, lo mutilan y derrotan. Cronos se convierte en el nuevo amo hasta que, tras mil vicisitudes, es destronado por uno de sus hijos. Zeus, nuevo señor de los dioses, comparte con sus hermanos el dominio del universo. Pero su reinado no es tranquilo. Prometeo favorece al hombre recién hecho contra la tiranía de Zeus, el cual castiga a los mortales creando a la mujer, y al titán encaminándolo a un tormento cruel hasta que es liberado por Hércules. Y así muchas más proezas.

Tal es el comienzo **literario** de la poesía genealógica, que ya vivía amorfa en la lengua de los hombres. En el poema de Hesíodo hay movimiento, conflictos de seres divinos y humanos, que son la esencia de la poesía heróica. Entran en juego las pasiones, las grandes hazañas de los antepasados —de supuesto valor histórico para los descendientes—, todo lo cual cumple con un fin: hacer descansar de las fatigas de la realidad a aquellos seres rudos, sencillos, religiosos, de antaño.

Aun cuando el sentido religioso-mítico ha permanecido continuamente en Grecia, los **mitógrafos** no florecerán sino en el período alejandrino. Habrá entonces un mayor acercamiento a la novela. Las colecciones de mitos tenderán entonces un doble propósito de ayudar a las escuelas, y de suministrar material a los poetas. Pero esa edad helenística tratará el mito con espíritu racionalista, si juzgamos, por ejemplo, por los **Cuentos increíbles** de Paléfato de Paros y la **Hiera**

Anagraphe (Historia Sagrada) de Euhémero de Mesene, del siglo IV antes de Cristo (6). Este último pertenece a la escuela de Cirene, es céptica en materias de religión popular. El título de la obra se justifica dizque porque obtuvo tales informaciones nada menos que en documentos o inscripciones, en templos que visitó durante unos viajes fabulosos, en especial en las tres islas (imaginarias) de Panquea, en el Océano Índico. Su propósito es (7) excluir todo lo sobrenatural en la religión del vulgo, y en cambio presentar una teoría antropológica nueva: los mitos son historias llanas y corrientes, los dioses eran hombres en un principio, que se distinguieron como guerreros o como benefactores de la humanidad, y llegaron a la apoteosis merced a la gratitud del pueblo (8). Zeus era simplemente un rey de Creta, y un gran conquistador.

El autor afirma que leyó con sus ojos en las columnas de oro de un templo, en Panara, una inscripción que conmemoraba con todos sus detalles las hazañas (**praxeis**) de Urano, Cronos y Zeus, antiguos reyes de la isla. Conclusión obvia para Euhémero: luego todos los dioses y diosas son por el estilo. Afrodita (Venus) —explica el mitógrafo— no era sino la primera **cortesana** de palacio... Así Euhémero sistematiza, quizás por influjo de la teología antropomórfica egipcia, el sentimiento profundamente arraigado entre los helenos que negaba límites determinados entre los dioses y los grandes hombres (Alejandro...).

Advirtamos también otro aspecto en la doctrina de Euhémero: no todos los dioses tienen origen mortal. El sol, la luna, las estrellas, el viento y otros, con poderes personificados de la naturaleza...

El estilo del mitógrafo es atractivo, y por el contenido "progresista" y "liberador" —como se diría hoy—adquiere mucha popularidad, si bien algunas de sus ideas no son originales sino tomadas de un escritor casi contemporáneo, Hecateo de Abdera. En todo caso, el influjo del euhemerismo sobre historiadores subsiguientes, como Diodoro de Sicilia, en el modo de tratar los mitos, es notorio. El poeta Enio hace más común esa doctrina entre los romanos, mediante una versión suya al latín de esa **Historia Sagrada**. Los paganos creyentes, sin embargo, lo rechazan como ateo.

(6) Diodoro Siculo, 6, 1, 3; Athen. 14, 658e.

(7) Diodoro Siculo, 2, 55-60.

(8) Diodoro Siculo, 6, 1s.; 5, 41 s.

Mas si la epopeya genealógica toma cuerpo en el siglo VIII a. C., vivía ya desde mucho tiempo atrás, otra compañera espontánea de las civilizaciones arcaicas, la **epopeya primitiva**, diferenciada en el contenido.

En la epopeya griega todo aparece embellecido, idealizado, plerórico de libertad y de luz. En ella se revelan aspectos de la vida familiar, que estarán luego en el alma de la novela. La **Odisea** ocupa en este punto un puesto de honor. A nuestros ojos destilan diez años de riesgos y peligros:

Zarandeado por la Fatalidad, batido por las tormentas marinas, abandonado por algunos de sus hombres en el país de los lotófagos —que se nutren de flores de loto, las que hacen olvidar el retorno—, conducido en el mar por los vientos a la isla de los Cíclopes, donde entra con doce valientes camaradas en la caverna de Polifemo, quien devora a seis de ellos; escapado —gracias a sus muchos ardides, y a la embriaguez y privación del ojo único del monstruo—; librado con pericia marinera de las rocas que lanza el ciego cíclope; llega Ulises a la isla de los vientos, de donde parte con feliz augurio a su hogar. Pero es de nuevo objeto de amargas tempestades, como maldito de los dioses.

Se aproxima a la tierra de los devoradores de hombres, son aplastadas sus naves por enormes peñascos, se salva solo con nueve compañeros, llega al fin donde la maga Circe que convierte en cerdos a los colegas; Ulises los libera con flores lechosas de raíz negra. Tras un año de amor y de placer, visita el país de los muertos en los límites del Océano, en la región sombría de los Cimerios: Tiresias le da valiosas instrucciones. Pasa cerca del peligro de las Sirenas, evita los remolinos de Caribdis, pierde seis hombres más en los de Escila. Otra tempestad acaba con su último navío y los postreros compañeros. No sobrevive más que él. Las olas le arrojan en Ogigia, mansión de Calipso, amorosa ninfá que le retiene siete años. Una balsa que él fabrica con sus manos le lleva, después de dieciseis días de navegación y de nuevo naufragio, hasta los Focios, donde recibe hospitalidad y simpatía. Son ellos quienes le transportan a Itaca. ¡Han pasado veinte años desde que se marchara a Troya! Metamorfosado en mendigo, es reconocido al punto por el viejo perro de la casa que muere de contento. Más tarde se revela a su hijo, con quien se venga de los holgazanes pretendientes de su fiel esposa. Uno a uno van cayendo víctimas de su arco certero. Una diosa pone fin a la matanza

He ahí la saga. Mas la epopeya no es una mera secuencia de aventuras. También afloran con frecuencia caracteres definidos, bellas descripciones, aspectos familiares del paisaje, de las costumbres de otrora, de la sociedad, su manera de pensar y de sentir. . . El diálogo es abundante. La imaginación y la ficción son el alma. Las mismas metáforas nos entretienen páginas preciosas de la vida de los antiguos.

Y lo mismo podríamos decir, en su línea, de la **Iliada**. En ella el adulterio añade un no sé qué de malicia a Helena; sin embargo, los novelistas se referirán con frecuencia a ella —en relación con su belleza— como el prototipo de las heroínas. ¿Y no es delicioso, digamos, el sano realismo de aquella escena en que el tardo Jumento "se acerca a un campo, y venciendo la resistencia de los niños que rompen en sus espaldas muchas varas, penetra en él y destroza las crecidas mieses; los muchachos lo apalean; pero, como su fuerza es poca, sólo consiguen echarlo con trabajo, después que se ha hartado de comer"? (9). ¿No es esto una ojeada a la vida campesina de antaño y la de hogaño? "Los perros y los pastores del campo ahuyentan del establo —escribe Homero (10)— a un tostado león, y vigilando toda la noche no le dejan llegar a los bien cebados bueyes; pero el león, ávido de carne, acomete furioso y nada consigue, porque caen sobre él multitud de venablos arrojados por robustas manos y encendidas teas que le dan miedo, y cuando empieza a clarear el día se escapa la fiera con ánimo angustiado".

Cualquier lector desprevenido podría imaginarse una escena de **La Vorágine** o **Doña Bárbara**. Y ¿a qué presentar detalles domésticos menudos, pintados por el bardo heleno en una atmósfera luminosa que los realza y baña de idealidad serena? "La Odisea, escribe Gaselee (11), es eminentemente y casi sólo un poema, aun cuando contiene material para treinta novelas antiguas y trescientas modernas". Porque novela es "una especie de historia que cuenta la vida y hechos de cierto número de caracteres, en relación con un héroe o heroína, enamorados uno del otro, y que son los personajes centrales" (12).

Con razón explica Menéndez Pelayo que "la novela, el teatro mismo, todas las formas narrativas y representativas que hoy culti-

(9) *Iliada* 11, 558-562.

(10) *Iliada* 11, 549-555.

(11) o. c., pg. 405.

(12) R. Flacelière, *A Literary History of Greece*, pg. 362.

vamos, son la antigua epopeya destronada, la poesía objetiva del mundo moderno, cada vez más ceñida a los límites de la realidad actual, cada vez más despojada del fondo tradicional, ya hierático, ya simbólico, ya meramente heroico" (13).

Los griegos, en especial los de las regiones iónicas, tuvieron vivo interés siempre por los países lejanos. Los jonios extendieron ampliamente sus colonias y actividades comerciales. Y viajaron mucho. La importancia mayor que el conocimiento de extrañas regiones les trajo fue en el campo de la historiografía, con las dos consignientes auxiliares, la etnografía y la geografía.

Fuera de esto, como casi siempre, la navegación de antaño iba siguiendo las costas, el sentido práctico de los marinos les llevaba a describir esos viajes: los puertos, desembocaduras de los ríos, tempestades, hazares curiosos, piratas... más, caigamos en la cuenta de que quienes tales cosas referían eran griegos, de imaginación creadora, artistas por naturaleza, que no se contentaban con lo meramente práctico sino que iban más allá. Relatar costumbres, razas, creencias, maneras de pensar distintas, etc. de otros pueblos era un placer estético. Esto explica por qué tanto la información genuina como el relato fantástico encuentran tan buena acogida y una audiencia igualmente benigna para todo. En esta forma se crea una manera especial descriptiva denominada **periplo** (*peri-plous*, circum-navegación), es decir, descripción de costas según se pueden ver desde el barco, siguiendo el orden de la que se va presentando a lo largo de las jornadas, y al mismo tiempo que sirva de manual para futuros navegantes.

Periplo se titula el viaje de exploración desde el Indo, bordeando las costas de Arabia, narrado en griego por Escíax de Caríanda, un aventurero al servicio de Darío I (finales del siglo VI a. C.) (14). El libro que se conserva con su nombre es en realidad una complicación del siglo IV. **Periplo del Mar Rojo** es una narración del 110 a. C., de un Agatárquides. El **Periplo del Mar de Eritrea** pertenece a un mercader griego del siglo I de nuestra era, que llega hasta el Golfo de Adén, conoce parte del litoral de la India, del Africa oriental y de Zanzibar. Flavio Arriano, un griego de Nicomedia en Bitinia, oficial de buena fortuna en el ejército romano (s. II p. C.) pinta en otro **Periplo** las costas del Euxino. Un capitán orundo de Marsella describe el viaje por las costas del Sur de España, alude a la Bretaña e Irlanda, cerca de

(13) L. o.

(14) cfr. Herodoto 4, 44; Aristóteles, *Política* 1332b23.

los años 525 a. C. (?). El cartaginés Hanno presenta en púnico, verificado después al griego —que es lo que ha sobrevivido— una descripción de las costas ponientes de Africa, antes de 480 a. C. con la fundación de ciudades nuevas y animales curiosos encontrados entonces (¿gorilas o enanos?) . . . (15) Y al estilo de estos, muchos aventureros de esos tiempos, como Nearchos en una jornada del Indo al Eufrates (324 a. C), Piteas por el Atlántico (s. IV a. C.), Marciano, etc., los cuales escriben sus memorias verídicas algunas posteriormente del griego en versos latinos: como las que tratan de las costas desde Tarteso a Marsella, de esta al Africa, desde Cartago por todo el Mediterráneo Occidental, etc. (16).

La imaginación griega nunca cesa de ser activa. A su tiempo encontrará la nueva forma de expresión. Sobre todo desde la gigantesca expedición de Alejandro Magno, cuando se desarrolla en el mundo heleno toda esa clase de cuentos soberanos, de viajes de fantasía, de la expedición misma convertida en ficción, a lo cual se añadirá el condimento erótico, pícaro e inverosímil, de que hablaremos más adelante.

En Grecia se encuentra a cada paso una vena inagotable de los más variados elementos novelescos, según hemos visto: mitos, fábulas, leyendas, narraciones, tragedias, personajes, países, maravillas. . . . Tratemos todavía un instante, antes de avanzar, de otro aspecto fecundo a su manera. Abramos al acaso el libro de Esopo. Prescindamos de las fuentes posibles de inspiración —que nos llevaría muy lejos—. Fuera del sentido común, de la intención didáctica y del enfoque lingüístico, cada fábula contiene —casi diríamos— el esquema psicológico de un libro de preciosas experiencias y complacientes sonrisas:

"Llegó un mosquito donde un león y le dijo: 'Tú no me causas temor ni me das miedo. ¿Quieres una prueba? Respóndeme: Tu fuerza ¿en qué consiste? ¿En que rasgas con las garras? ¿en que muerdes con los colmillos? Eso mismo hace cualquier mujer cuando riñe rabiosa con su marido: ¿por eso decimos que es más fuerte? No, señor. Yo, en cambio, sí lo soy. ¿Quieres la prueba? ¿quieres convencerte? Vamos a la lucha'. Acto seguido sonó el mosquito la trompa, y se dedicó a morder al león en la parte pelada del hocico. Atacaba al león por las

(15) *cfr.* M. Cary-E. Warrington, *Ancient Explorers*, 1929, pg. 47 s.

(16) *cfr.* A. Lesky, *A History of Greek Literature*, pg. 219 s.

narices alrededor, hasta que este se impacientó desesperado: y no logró él con todos sus esfuerzos, ahuyentar al insignificante enemigo. Sólo consiguió arañarse con sus propias uñas.

En esta forma el mosquito se dió por vencedor, y se alejó cantando victoria, haciendo resonar la trompa. Pero con tan mala suerte que vino a enredarse en la tela de una araña, y a ser devorado por esta. ¡Cómo se lamentaba al morir, de que habiendo vencido al rey de los animales, perecía víctima de una infeliz araña! . . . "

Hasta aquí la fábula, cuyo aboengo —como insinuábamos— puede ser muy remoto (17).

Los **filósofos**, para ilustrar sus doctrinas, acuden también a una especie de ficción, que es tal vez más mito que novela, pero que aporta su modesta contribución al nacimiento de la misma. Es el **mito literario**, tan hábilmente manejado por Platón en sus **Diálogos** y por Píndaro en sus **Odas** y **Epitios**.

Er, el armenio, es un guerrero de Panfilia. Muerto en una batalla es recogido a los diez días, junto con los demás cadáveres ya corrompidos, pero él ha quedado intacto. Conducido a su casa para el entierro y dispuesta ya la pira funeraria, vuelve en sí —han pasado doce días— y da a conocer a los presentes lo que ha contemplado en la otra vida. Refiere cómo son juzgadas las almas, y premiadas o castigadas por sus actos acá.

Este es uno de los de más vigor poético en **La República** (18). "Con la visión insuperable del mundo de los muertos se conjugan los conocimientos de Platón Y, de modo especial, toda su rica concepción de la ciencia astronómica de su tiempo" (19).

Platón, más que rico es prodigioso en mitos semejantes, de tendencia filosófico-moral, y que él emplea de ordinario para confirmar una doctrina: como aquella de que la sabiduría y la justicia deben guiar al hombre al goce feliz de la otra vida.

En el **Timeo** aparece la Atlántida, isla legendaria víctima de intensos terremotos e inundaciones, que en una noche fatal fue tragada.

(17) Menéndez Pelayo, o. c., cap. I.

(18) X, 614 b - 627 d.

(19) J. A. Míguez: Platón *Obras completas*. Aguilar [1969], pg. 839.

(20) 24 d - 25 d.

da por el abismo, desapareciendo entre las olas. La isla moribunda depositó una cantidad de limo al sumergirse... (21).

"Pero escucha una bonita historia, que me figuro la tomarás tú por fábula, pero que para mí es una narración verídica", dice Sócrates en el **Gorgias**. Y cuenta a Calicles el del **Juicio final** (22). Y en el **Protágoras** (23) refiere el origen de los hombres, con detalles maravillosos de imaginación poética brillante, de hondo contenido humano y social.

En otro lugar, para describir Sócrates cómo sería el alma —objeto de investigación en todos los sentidos y totalmentè divina— se vale de una semejanza. Y presenta la alegoría del carro alado y de su auriga (24); como en el **Banquete** (Simposio), en que para explicar la naturaleza del Amor refiere el popular mito del nacimiento de Eros. Este es concebido por la Indigencia y por el opulento dios de las Riquezas en el festín olímpico en que los inmortales celebraban el nacimiento de Afrodita (25).

Todo esto y muchas otras leyendas platónicas son, como se puede ver, gérmenes de posibles novelas futuras. Mas no es la prosa únicamente. La lírica coral encarna asimismo en los epinicios pindáricos numerosas historias que embellecen la poesía y le confieren armoniosa plenitud y variedad. Píndaro es en esto audáz y decidido y libre, **numerisque fertur / lege solutis** (26), dentro de un sincero tradicionalismo artístico. No siempre lo nuevo es válido por ser llamado "progresista", ni lo añejo es insulso por ser perenne. Oigamos al barodo tebano:

"Si algún mortal existe que haya sido honrado por los señores del Olimpo, ese fue Tántalo. Pero no pudo soportar felicidad tan grande, y su orgullo le atrajo un espantoso castigo: el padre de los dioses dejó suspendida sobre su cabeza una roca enorme, que él se esfuerza siempre en apartar de sí, sin poder disfrutar de reposo jamás. Así arrastra su miserable vida, en una eterna desesperación, compartiendo la suerte de los otros tres condenados, porque se atrevió a arrebatrar al dueño del cielo y a ofrecer a sus compañeros el néctar y la ambrosía, que a él mismo habían convertido en inmortal.

(21) *cfr. Critias.*

(22) 523 a - 527 e.

(23) 320 d - 322 b.

(24) Fedro, 246 b - 247 c.

(25) 202 b - 202 e.

(26) Horacio, *Od. IV, 2, 11-12.*

Pero si el hombre llega a esperar que podrá ocultar a los dioses una sola de sus acciones se equivoca. Por culpa de ese crimen de Tántalo, los inmortales rechazaron a su hijo hacia la raza de los hombres de efímeros destinos... " (27).

Decíamos antes que por el mundo helénico, a comienzos del siglo V a. C., corría multitud de leyendas cargadas de cierta observación psicológica. Eran el alimento exacto para el hambre insaciable de aquellos tiempos. Vinieran de donde vinieran: de Asiria, Persia, Egipto o la India. Herodoto (485-425 a. C.) era el narrador preciso que se necesitaba en esa hora: "Por lo que a mí toca —escribe (28)—, miro como un deber referir lo que me contaron, pero no necesito creerlo. Quisiera que esta prevención mía valga en toda mi historia".

Herodoto es un narrador ameno, poblado de aventuras curiosísimas, de anécdotas interesantes, observador infatigable de lo extraordinario, de viva simpatía intelectual y un buen porqué de escepticismo: "Yo ni soy descreído, ni creo totalmente" (29)... Con sinceridad y buena fe, orgulloso de ser griego, nunca miente a sabiendas; se equivoca menos de lo que podríamos esperar, pues quiere honradamente hacer una historia crítica con los elementos que tiene a la mano. Para él existen sólo tres continentes —Europa, Asia y Libia (Egipto)— a los cuales "no sé por qué —siendo una sola tierra— les han dado los sabios tres nombres, y ¡precisamente de mujer!... (30).

Un crítico francés (31) ha condensado en breves líneas el espíritu novelesco de las **Historias** del erudito Halicarnaso: "Figuros una maravilla imposible, la relación de Marco Polo, por ejemplo, que formara parte de un todo con la **Crónica** de Joinville y los Cuentos de las **Mil y Una Noches**, y todo esto comprendido en el plan de una **Odissea** y escrito en el lenguaje de Homero; esta maravilla imposible existe, y es el libro de Herodoto".

No es necesario añadir más. Ya este juicio sugiere que hemos avanzado en el desarrollo de los elementos esenciales de la novela en el mundo griego. Herodoto recoge esas noticias de boca de los intérpretes de Memfis, de los mercaderes ambulantes, de los viaje-

(27) *Olimpica I, fragm.*

(28) *Historias 7, 152.*

(29) 4, 96.

(30) 4, 45.

(31) A. Piarron, *Histoire de la Litt. grecque*, Hachette, Paris, 1889, pg. 245.

ros de la India. La **historia de Rapsínito** (32) es deliciosa: hay espionaje, suspenso y astucia criolla. Un rey deja inmensas riquezas, pero quiere ponerlas a salvo de ladrones y de la ambición de los sucesores. Manda fabricar, de piedra, un erario. El artífice de las obras, con dañada intención, dispone una oculta trampa que sólo revela a sus hijos, al morir. Y... es entonces cuando empiezan las zozobras, la desaparición misteriosa de joyas y joyas, y otras encantadoras escenas que gustarán a quien las lea completas.

Algunos pasajes son ciertamente de la literatura hindú, como el de la esposa de Intafernes, el del inmortal Hipócrides, el de Giges, quien con increíbles artimañas se adueña del poder, o el del demasiado afortunado Polícrates, o el tonto orgullo de Candaules por los atractivos de su esposa o, en fin, la leyenda novelada de Creso y Adrasto, y otros mil.

La historia de la infancia y educación de Ciro el Mayor o **Ciro-pedia**, escrita por otro autor clásico —Jenofonte de Atenas (430-354 a. C.) (33)— es ya de por sí una novela de tesis: lo que un monarca ideal y su reino debieran ser. Habría que traducirla íntegra aquí para convencerse. El comienzo, sobre todo, de todas estas narraciones, es un anticipo de la técnica literaria de nuestros tiempos. El autor es condiscípulo de Platón en la escuela de Sócrates. De ahí el propósito de Jenofonte: la educación de Ciro es la base de sus éxitos, por estar cimentada en los principios de la filosofía socrática. Ciro es, pues, la encarnación de las ideas del ateniense sobre el buen gobernante, como lo reconoce Marco Tulio Cicerón (34).

Por otra parte, la **Ciro-pedia** (ocho libros) es una obra amena, de buen discuir y abundantes enseñanzas de lo que debe ser un **Príncipe**, aunque a veces padece de cierta monotonía por las repeticiones. Ciro y el imperio persa son idealizados como unas maravillas. Y no faltan toques románticos, atmósfera de amor, tan necesaria en este género de literatura.

Capturado el campo asirio por el Monarca persa, la hermosa Pantea es confiada como prisionera a la custodia de Araspes, amigo

(32) 2, 121-123.

(33) 1,95.

(34) Ad. Q. F., 1, 1, 23: *Cyrus ille a Xenophonte non historice fidem scriptus sed ad effigiem iusti imperi cuius summa gravitas ab illo philosopho cum singulari comitate coniungitur, quos quidem libros non sine causa noster ille Africanus de manibus ponere non solebat...*

íntimo de Ciro, mientras el esposo anda en misión diplomática ante el rey de Bactria. Pero el Jefe duda de la virtud del guardián, y lo envía lejos, mientras el marido de la cautiva, sabedor de la conducta del monarca, se pasa a sus filias. Un día marcha Abradatas al combate. Conmovedora escena la de la despedida: —"Concededme, oh dioses que yo pueda parecer esposo digno de Panteal . . ." El final de la historia se ve venir. Abradatas muere en la batalla:

" . . . Oído esto, Ciro se dio una palmada en el muslo, y luego subió al caballo, y tomando consigo mil de caballo, se partió para el lugar del planto, y mandó a Gadatas y a Gobrias que tomasen los más ricos atavíos que pudiesen y los llevasen para las honras de aquel su amigo tan bueno y ya difunto. Y al que tenía a cargo del ganado le mandó que llevase bueyes y caballos, y muchas ovejas donde supiese que estaba, para hacer sacrificios por Abradatas. Cuando vio a la mujer sentada en tierra, y que tenía a su marido muerto en los brazos, lloró de compasión y dijo: "Ay de tí, ánima buena y leal, que te vas y nos dejas!" Y diciendo esto, le tomó por la mano, la cual le sacó con la suya, porque estaba cortada de un golpe que los egipcios le habían dado con una segur.

Lo cual viendo Ciro hubo muy mayor dolor y pesar. Su mujer, Pantea, lloraba y plañía; y tomando la mano del marido de la de Ciro, besóla, y tornóla a poner en su lugar lo mejor que pudo, y vuelta a Ciro dijo: "Así están, Ciro, todas las demás partes de su cuerpo; pero ¿para qué las has de ver? Yo solamente pude averiguar que el difunto sufrió y padeció mucho por mí, y por ventura no menos por tí. Yo, loca de mí, le amonesté muchas veces que así lo hiciese, porque pareciese que te era verdadero amigo, y bien sé que él no pensaba tanto en hacerlo por hacerme a mí placer, cuanto por agradar a tí. El murió sin culpa, y yo que se lo amonesté quedo viva, y estoy aquí sentada!"

Ciro estuvo callando y llorando por algún rato, y después habló desta manera: "A la verdad, señora, ha habido muy buen fin, porque murió vencedor. Tú toma estos atavíos que te doy, y hónrale con ellos. "Estaban a la sazón allí con él Gobrias y Gadatas, con muchos y muy ricos atavíos que traían. Después, le dijo: "Sabe, señora, que yo nunca le dejé de honrar en todo lo demás, y ahora los más de nosotros le harán un monumento tal cual le merecéis, y matarán para sus sacrificios todas las reses que pertenecen a un varón bueno y esforzado. Y tú no quedarás sola, sino que yo por tu castidad y por tu virtud te honraré en todo lo demás, y te daré quien te lleve a tu honra el que

tú mandares, con tal que tú declares quién quieres que te lleve". Entonces Pantea le dijo: "Ten por cierto, Ciro, que no te encubriré a quién quiero ir".

Y con esto se fue Ciro, habiendo gran lástima de la mujer que había perdido tal marido, y del marido que había dejado tal mujer para no verla más. Luego Pantea mandó apartar afuera a los eunucos, "mientras que yo —dice— lloro como quiero a mi marido". Y a su ama le dijo que esperase, y le mandó que cuando fuese muerta cubriese a ella y a su marido juntos en un mismo lienzo. El ama leuplicaba mucho que no lo hiciese; mas viendo que no se aprovechaba nada con ella, y que se enojaba porque se le hablaba, sentóse a llorar. Pantea tomó una espada que de antes tenía aparejada, y con ella se hirió, poniendo la cabeza sobre el pecho del marido, y así murió. El ama llorando y plañendo los cubrió ambos, juntos con un paño, como Pantea se lo había ordenado...."

En el periodo helenístico comienza la demanda más extraordinaria de libros de pasatiempo y de instrucción, pero sin esa austeridad de los filósofos. La **historia** es evidentemente afectada por la **nueva ola**. Clitarco de Alejandría escribe una pobre novela "histórica". Sin haber visitado nunca el Asia habla de ella basado en creencias populares y en los poetas. Los papiros conservan algunos de sus diálogos **históricos** como uno sobre Pisístrato, o sobre Antípatro y Olimpia, que están contaminados de ese defecto. Con todo, se hace muy popular, y en los comienzos del imperio romano está de moda, y deja sentir su influjo en lo que luego se llamará la novela.

De la **filosofía** dígame lo mismo: así son las agudas **Diatribas** de Bión de Borístenes (36) y de otros pensadores, lo mismo que los **estudios sobre la manera de ayudarse uno a sí mismo**, y sobre las buenas costumbres, los numerosos **Simposios**, las colecciones de anécdotas y apotegmas filosóficos, etc. El crítico y cómico Linceo de Samos, discípulo de Teofrasto, escribe una especie de réplica amena a las serenas colecciones de máximas filosóficas (**Chrtice**) de que hablamos arriba, en **El Arte de salir de compras**. En este libro enseña a un amigo tacaño cómo comportarse con los "pescaderos criminales"; y en unas **Cartas** describe para sus colegas los soberbios banquetes de los ricachones galantes de entonces, y cómo son los embajadores extranjeros en visita oficial a Atenas, e injerta una serie de chascarrillos y "cachos" atribuidos a cortesanos aduladores de los grandes.

(36) cfr. Horacio, *Epist.* 2, 2, 60.

También por ese tiempo pululan las llamadas **Paradojas**, en prosa o verso, que tratan de las "maravillas" de la naturaleza en animales curiosos, plantas extrañas o ríos nunca vistos. Inquietudes que se notan muy marcadas desde el siglo IV a. C., y que naturalmente los historiadores incorporan en sus narraciones para dar a estas, vida y colorido. Algo de eso se conserva, como las **Historiae Mirabiles** de Antígono de Caristo (37), un autor de la tercera centuria antes de la era cristiana; pero el valor principal de este libro son las citas y anécdotas que hace de otros autores mejores que él. A Calimaco y a sus discípulos les da también por escribir de esta guisa.

Pero es a raíz de las empresas militares de Alejandro Magno cuando se ponen de moda los relatos de viajes imaginarios a países desconocidos, o a tierras fabulosas. El personaje mismo ha despertado el interés de la leyenda. Más aún, se conserva una **Novela de Alejandro**, cuya versión más antigua es la de un Pseudo-Calistenes, del año 300 de nuestra era, más o menos. Sin embargo, los fragmentos conservados en papiros indican que gran parte del material se remonta a la muerte del Conquistador. Y empieza la natalidad incontrolada de esa clase de relatos. "Creías de Chido escribe de la India y de sus habitantes cosas que ni ha visto ni oído. Yámbulo refiere portentos del Océano en una obra —**La Isla afortunada**— cuya ficción es evidente para todos, pero muy atractiva y simpática (38). Otros muchos siguen igual sistema (39), y narran como propios una cantidad de viajes y aventuras en que hablan de animales monstruosos, de hombres crueles y de las costumbres más raras del mundo. Claro está que el primero de esta clase de bufonería, y maestro de ella, es Ulises, como lo describe Homero en la **Odisea**. En efecto, cuenta el héroe en casa

(37) cfr. Westermann, *Paradoxographi*, Bruns., 1839; J. Beckmann, ———, Lips., 1791.

(38) Diodoro Siculo (2, 55-60) hace un breve compendio de este libro del sirio Yámbulo. Se trata de aventuras personales en una jornada: primero como marcerado al país del Cinamomo; capturado por los piratas, es a su vez cogido prisionero por los etíopes; desde Etiopia llega por casualidad a cierta isla remota del Sur, donde los felices habitantes llevan una vida placentera, en esa tierra encantadora, ¡tropa soñada! (¿Celián?) El autor es admitido a vivir durante siete años con ellos; mas luego es expulsado por no haber alcanzado la alta virtud de los habitantes; con lo cual regresa por la India, no sin antes sufrir un naufragio y llegar a Palímbrota donde el rey de los hiperbóreos es filhelénico y le acoge hospitalario

(39) Como los fantásticos viajes de Amometo que describe los Uta Kourou del Himalaya, o Antifanes de Berga en Tracia, o los fantasmagóricos de Antonio Diógenes en las tituladas *Andanzas Increíbles allende Tule*, y las aventuras de Dinnias más allá de los límites del mundo habitado y aun más allá de la luna. En este último figuran hechicerías egipcias, cuentos de duendes, magos, y asuntos que serán comunes en el género literario que comentamos: separaciones, retornos, envencamientos, muertes aparentes, etc.

El amor, sin embargo, no es todavía el centro de la trama. Es digno de notarse también que la narración se hace en tercera persona.

de Alcinoo historias de Vientos y de Cíclopes devoradores de carne cruda, seres enteramente salvajes, y habla dizque de monstruos centímanos y policéfalos, de metamorfosis de hombres en cerdos merced a ciertos filtros, y otros mil prodigios que oían estupefactos los Feacios". Así comenta, en el siglo II de nuestra era, el satírico Luciano de Samosata tan peregrina moda de contar.

Y en, seguida, en dos pequeños libros, afila más su ponzonosa agudeza, criticándolos con sus propias armas —y superándolos en imaginación—, como mil cuatrocientos años después lo hará **Don Quijote** con los libros de caballería. ¡Curiosa la coincidencia! Escuchemos por un momento la finísima ironía de Luciano, de franqueza des-pampanante, en el **prólogo** a sus **Historias Verdaderas**:

"Al leer todos estos autores, no los he vituperado crudamente por sus mentiras. Eso es ya frecuente en los queridos filósofos. Lo que sí me pasma es que ellos crean que no se va a saber que no es verdad. . . ."

"Por eso yo mismo, con deseo de dejar algo mío a la posteridad, y de no ser el único que no aproveche el derecho de fingir, he resuelto —a falta de sucesos verdaderos que contar, ya que nada digno de mención me ha acontecido—, he resuelto, digo, ejercitarme yo también en una mentira mucho más justificable que la de los demás. Y así habrá por lo menos una sola verdad en mi libro, y es esta: confieso abiertamente que voy a mentir. Con esto creo estar exento de la acusación que yo acabo de hacer a los demás narradores.

"Cuento, pues, y digo cosas que no he oído le hayan acontecido a nadie, y agregó de mi cosecha cosas que ni existen ni pueden existir. . ." (41).

Y con esta declaración explícita comienza las aventuras más insospechadas y jocosas, precursoras del Julio Verne del pasado siglo, o del Tarzan de nuestros días, o de los mismos cosmonautas en la luna. Varnos a presenciar una **batalla aérea**.

" . . . A la mañana siguiente zarpamos con viento poco fuerte. Pero hacia el mediodía, cuando ya no vemos la isla, una súbita borrasca acometió nuestra nave con tal ímpetu que la levantó unos 3.000 estadios sin dejarla caer en el mar, pues la fuerza del viento sobre las velas nos hacía navegar por el aire.

(40) *Historias verdaderas*, I, 2.

(41) *ibid.*, 4.

Así anduvimos siete días y siete noches. Al octavo divisamos, siempre arriba en el aire, una gran mole, una especie de isla, luminosa, redonda, enfocada por vivísima luz. Llegamos, desembarcamos, reconocimos el territorio, advertimos que estaba habitada y con maravillosos cultivos. Nada distinguimos desde allí en todo el día. Por la noche, sin embargo, observamos multitud de islas vecinas, grandes unas, pequeñas otras, pero todas de color encendido como el fuego; debajo de nosotros veíase otra tierra con ciudades y ríos y mares y montañas y bosques, con lo cual supusimos que ese era nuestro planeta.

Teníamos la intención de internarnos, cuando nos hallaron y cogieron prisioneros los llamados **hipogipos (a-caballo-en buitres)**. Estos son unos hombres llevados por enormes buitres que les sirven de cabalgadura. Ah, pero esas aves son grandísimas y triccéfalas casi todas. Y si quieren imaginarse su tamaño sepan que cada pluma de esos animales es más larga y más gruesa que el palo mayor de un barco de carga de los grandes. . . .

Pues bien, estos señores tenían orden de rondar por la isla y presentar a su rey a los sospechosos que encontrasen. Cautivos nos llevaron al monarca, quien después de examinarnos se imaginó que éramos griegos, por el vestido.

—Ustedes son griegos ¿verdad?

—sí, cómo no.

—¿Y cómo llegaron acá atravesando tanto aire?

Nosotros le referimos nuestra historia. El, por su parte, nos contó la suya. El era hombre también. Acá se llamó Eudimión. (Era pastor de Caria. Condenado a dormir treinta años), fue arrebatado durante el sueño a este país, donde al llegar le nombraron rey. ¡Dicho reino es nada menos que el que los terrícolas conocemos con el nombre de la Luna! Eudimión, pues, nos dió ánimo y nos aseguró que no corríamos peligro. Más aún, prometió ayudarnos si algo necesitábamos".

(El rey les invitó a unirse con él en una guerra contra los habitantes del Sol, "porque el Sol está habitado como la Luna". La causa de las hostilidades ha sido la siguiente):

—"Había reunido yo todos los pobres de mi reino, con intención de enviar una colonia al Lucero de la Mañana, que está deshabitado y desierto. Pero el rey de los del Sol —Faeronte— se opuso por

envidia, y a mitad de camino nos salió al encuentro con los **hipomímecos (arcaballo-en-hormigas)**. Aplastados por la superioridad numérica nos batimos en retirada. Mas ahora quiero emprender de nuevo la guerra y enviar otra vez la colonia. Así que, si les parece, pueden tomar parte en mi expedición. Tendrán sendos buitres reales y el armamento necesario. Mañana comienza el viaje.

—¡A las armas!, respondi.

(Se quedaron en palacio esa noche. Al amanecer los espías les advirtieron de la proximidad del enemigo. El ejército selenita contaba con 100.000 soldados, aparte de los aurigas, maquinistas, peones, infantería y mercenarios extranjeros, que llegaban a los 80.000 hipogijos; además de 20.000 montados en lacanópteros, que son aves enormes cubiertas de legumbres con alas como de lechuza. Y otros incontables combatientes a horcajadas en pulgas del tamaño de doce elefantes cada una... Había soldados de infantería que andaban sin alas por el aire, gracias a ciertas tónicas rozagantes que ellos recogían y se inflaban como velas de navío. Faltaban por llegar habitantes de otros astros, que al fin no vinieron, "no los ví", por eso no me atrevo a describirlos, pero contaban de ellos maravillas increíbles.

En el momento oportuno se formó el ejército, que sería como de "sesenta millones". Lo mismo hicieron los adversarios, en número infinito. ¡Y la descripción de las armas, escudos y municiones!...)

"Llega el momento de la pelea: se yerguen los estandartes militares. Los ejércitos de uno y otro bando rebuznan, que tales son sus clarines. Comienza la refriega. Huye el ala izquierda de los heliotos (del Sol), que no pueden resistir el empuje tremendo de los hipogijos. Nosotros los perseguimos un tiempo. Se sigue gran matanza. Su derecha en cambio arroja nuestro flanco izquierdo, que es atacado por los mosquitos-de-aire. Nos persiguen hasta la infantería, que entra al punto en auxilio de los primeros. El adversario se ve obligado a retirarse a la desbandada. Comprende que su flanco izquierdo está vencido. Fuga general del enemigo. Gran cantidad de prisioneros y muertos. La sangre llueve en abundancia sobre las nubes. Estas toman ese tinte rojizo con que se coloran al ocultarse el sol. Mucha sangre cae hasta la tierra..." (42).

Dejemos ahora ese campo de la fantasía lucianesca y vengamos a la vida de todos los días. En el **Banquete o Los Lapitas** hace el hu-

(42) *ibid.* 9-17.

morista griego un divertido **cuadro de costumbres** que merece la pena conocer. Asistimos en él a un rato de vida helena en la intimidad, oímos sus conversaciones en un convite, conocemos lo que piensan y comentan esos hombres, vemos sus modales, presenciarnos su conducta cuando se embriagan. Esta es precisamente la escena que vamos a citar, la parte final de un banquete de bodas, contada con tal gracia y dágil estilo que poco tiene que envidiar a los más hábiles cronistas de hogar:

"Hermón y Zenótemis estaban colocados como hemos dicho: el segundo arriba y el primero en la esquina de abajo. Su porción en el banquete era igual y la tomaban pacíficamente. Pero la gallina puesta delante de Hermón era, creo que por casualidad, algo más gorda. Cada cual debía recoger la suya. Entonces Zenótemis (mucha atención, amigo mío, que estamos en lo capital del suceso), Zenótemis, repito, dejando su gallina cogió la más gorda que estaba servida delante de Hermón, como te he dicho. Este la tomó también y no toleró que el otro se apoderara de más de lo justo. Empezó la gritería más espantosa: se agarraron a pelear los dos, se plantaron en el rostro las respectivas aves; se colgaron de las barbas, y pidieron colaboración, Hermón a Cleodemo y Zenótemis a Alcídamas y Difilo. Acudieron ellos al punto, excepto lón, que prefirió permanecer neutral en su puesto.

"Se armó la grande. Todos enzarzados. Zenótemis cogió de la mesa una copa que estaba delante de Aristóneto y se la lanzó a Hermón. "El golpe erró, pero el vaso fue volando" (como diría Homero (43), y le pegó al novio partiéndole la cabeza en dos con anchura y profunda herida. ¡Qué griterío el de las mujeres! Casi todas se lanzaron a lo más prendido del combate, en especial la madre del esposo, espantada de ver sangre; saltó a su vez la novia temiendo por el marido, Alcídamas hacía proezas en favor de Zenótemis; con un garrote rompió la cabeza de Cleodemo, la mejilla de Hermón, hirió a varios esclavos que habían acudido a socorrerlos... Y no había reposo: Cleodemo vació un ojo a Zenótemis, le arrancó la nariz de un bocado; Hermón, viendo que Difilo venía a auxiliar al enemigo, le arrojó del triclinio cabeza abajo.

"Histieo, un gramático, intervino para separarlos, pero recibió en los dientes una patada de Cleodemo, creyendo que era Difilo. Cayó el infeliz y, como dice su querido Homero, "vomitaba harta sangre"

(44). Todo se volvió confusión, alboroto y gritaría. Los mujeres lloraban a lágrima viva junto a Quereas; los demás convidados procuraban apaciguar el tumulto.

"Pero el peligro mayor era Alcídamas. Derrotados los contrarios, repartía garrotazos a cuantos se ponían delante, y muchos hubieran muerto a sus golpes de no habersele quebrado el palo afortunadamente. Yo, en pie, junto a la pared, miro los toros desde la barrera sin mezclarme en nada, sobre todo después de haber visto el ejemplo de Histieo, el gramático; y conocedor del peligro de las intervenciones. Así sería el combate de los Lapitas y de los Centauros: no quedaban sino mesas derribadas, copas rotas después de haber volado por el aire, "sangre fresca en el pavimento . . ."

"Y para completar, Alcídamas derribó el candelabro dejando la sala completamente a oscuras, con lo cual —como es natural— aumentaron los peligros del susodicho desbarajuste. Y no había manera de procurarse luz en seguida. Así se cometieron mil excesos a favor de las tinieblas. . . Al traer por fin una lámpara vimos, entre otras cosas, que Dionisodoro se había robado una copa: al levantarse se le cayó del regazo; sacó por disculpa que durante el tumulto se la había dado. Ión dizque para que no se rompiese, y este, por pura bondad, confirmó la excusa.

"Terminado el banquete así, volvió la risa tras las lágrimas a costa de Dionisodoro, Ión y Alcídamas. Se retiraron los heridos en situación realmente lamentable: sobre todo el anciano Zenótemis que, con una mano en la nariz y otra en un ojo, gritaba que le mataban los dolores, tanto que Hermón a pesar de los suyos y de dos dientes saltados, le dijo a modo de réplica: "Ten presente, Zenótemis, que ya el dolor no te parece indiferente". El novio, cosida la cabeza por Diónico y rodeadas de vendas las heridas, fue llevado a casa en la carroza en que debía haber conducido a su mujer. ¡Qué bodas tan amargas! Diónico curó luego a los demás como pudo. Los necesitados de sueño fueron llevados, vomitando en el camino casi todos. No se quedó sino Alcídamas, porque fue imposible echarlo: cayó de través en un triclinio y ahí se quedó dormido. . ."

De entre las muchísimas narraciones y diálogos de Luciano podríamos todavía destacar dos o tres pequeñas síntesis de comedias o novelas áficas. En los **Diálogos de las meretrices** el ambiente es ateniense y el tema varía: unas veces son los amores del joven tonto con una hetaira, otras de una experta con una principiante, o de la

que enseña los secretos de filtros amorosos... Y, a pesar del contenido poco edificante, es tremendamente humano: desilusiones, celos, traiciones, ridiculeces, escabrosidades repugnantes... Pero, en fin de cuentas, el pagano les más decente que muchas novelas de hoy preñadas en concursos nacionales!

Otra cuasi-novela del de Samosatra es el **Aficionado a las mentiras o El Incrédulo**, que nos lleva de la mano a uno de tantos secretos del siglo II de nuestra era, y que tiene vigencia todavía: son las historias de duendes y aparecidos, pasto de la credulidad de la gente cuando la Religión se debilita. Las supersticiones, en efecto, reemplazan entonces a la fe: la magia se robustece, los muertos aparecen maravillosamente, hablan los espíritus, vuelven las brujas, se populariza la interpretación de sueños y agüeros... Unos creen, otros permanecen escépticos. Tal el caso de Luciano de Samosata, burión, racionalista, cínico. Leamos un fragmento:

—"Oye dijo Eucrates, lo que vi hace cinco años delante de tzigos. Era en otoño. Dejé, hacia el mediodía, a los vendimiadores en el campo y me fuí a pasear por el bosque, sólo con mis pensamientos y reflexiones. Estaba en lo más tupidó del mismo cuando oí ladridos de perros, y me figuré que sería mi hijo Mnasón que, según costumbre, habría salido a jugar y cazar con sus amigos en el bosque. Mas no era eso, sino que casi en seguida sobrevino un terremoto. Y vi una mujer con voz como de trueno que se acercaba con terrible aspecto, de alta como medio estadio; en la izquierda tenía una antorcha y en la derecha una espada como de veinte codos, y sus pies eran en forma de serpiente, mientras que por arriba parecía una Gorgona, quiero decir en su mirada y en lo horrible de sus ojos, y en lugar de la cabellera tenía serpientes en racimos que se retorcián alrededor del cuello y a veces se extendían por encima de los hombros. ¿Veis, amigos, cómo me horrorizo mientras lo cuento?, añadió, y mientras hablaba Eucrates, mostró a todos los pelos del brazo erizados por el terror.

"Los que estaban junto a Ión y Dirómaco y Cleodemo, que eran viejos, se habían quedado boquiabiertos escuchándole atentamente, como arrastrados por la nariz al estilo de los bueyes, venerando en silencio semejante coloso que es una mujer de medio estadio: una especie de espantajo gigantesco. Entretanto, yo consideraba que aquellos hombres, encargados de enseñar a la juventud, objeto ello mismo de universal asombro, no se diferenciaban de los niños sino en la barba y cabello cano, más fáciles, por otra parte, de dejarse sorprender por los embustes..."

Así prosigue la narración, que termina esta vez en que Hécate abre un abismo profundo en la tierra donde se precipita. El curioso narrador aprovecha el momento para echar una mirada al abismo, y no sin antes agarrarse bien de un árbol para no desvanecerse, y casi nada! alcanza a ver lo que hay en el infierno, la laguna Estigia, el Flegentonte, los muertos, algunos de los cuales alcanza a reconocer, como a Sócrates "por la calva y abultado vientre": . . . hasta que unos esclavos suyos vienen a buscarlo. . . y se lo llevan a casa.

Pero los aparecidos no acaban ahí. Son una larga serie. Terminamos nosotros con uno interesante y que se repite en nuestros días. Era en Corinto. Había allí una casa que "hacia tiempo estaba deshabitada porque inspiraba terror. Si alguno iba a vivir en ella, pronto huía lleno de golpes, expulsado por un espectro espantoso y alborotador. El edificio estaba ya ruinoso y el techo se comenzaba a hundir, y no había alma viviente que se atreviese a entrar.

"En cuanto oí esto, tomé algunos libros, pues tengo muchos egipcios que tratan del asunto, y entré en la casa hacia la hora del primer sueño, sin atender a mi huésped que, sabedor de mi designio, se esforzaba en disuadirme y hasta me agarraba del vestido suponiendo que iba a una desgracia segura. Yo tomé una lámpara y entré sólo, y después de colocar la lumbre en la cámara mayor, me puse a leer en silencio sentado en el suelo. De repente se presentó el espíritu pensando que yo era un cualquiera y esperando que me iba a morir de miedo como los demás. Era pálido, melencundo y más negro que la noche. Intentó atacarme por todos lados con la intención de dominarme, cambiándose en perro, en león, en toro. Yo, empleando la lengua egipcia, le lancé el más horrible conjuro; con este ensalmo reduce al demonio a un rincón de la oscura habitación, y una vez que ví dónde lo había metido, me puse a dormir y roncar tranquilamente.

"Al amanecer, cuando todo mundo estaba sin esperanza creyendo que me habrían de encontrar muerto, me presenté sin más a Euribátidas, y le felicité porque ya en adelante podría tranquilo y sin miedo habitar su casa. Y tomando en mi compañía a él y a otros muchos (que nos seguían por lo maravilloso del caso), los lleve al sitio donde había visto que el demonio se había metido, y ordené que con picos y azadones cavaran la tierra. Ellos lo hicieron. Y a una cierta profundidad apareció sepultado un cadáver antiguo que sólo conservaba los huesos. Lo sacamos, le dimos sepultura, y desde entonces la casa dejó de ser estar infestada por espectros o aparecidos . . ."

Por no alargar más, de entre los innumerables **Didólogos** de Luciano, haremos mención de uno, gracioso y divertido, de estupendo sentido común, saleroso al estilo ático, que el satírico aprovecha para hacer una crítica a la doctrina de los pitagóricos a cerca de la transmigración de las almas. Hablan un zapatero ordinario y su gallo. Resulta que Micilo está durmiendo. Sueña, ¡qué felicidad!, que se ha vuelto millonario de la noche a la mañana y que, por el dinero, es ahora influyente y poderoso. Pero, tan de malas, que a media noche le despierta el gallo. El soñador le insulta furioso.

"Año mío, responde el animal con voz humana: pensaba que me agradecerías que te despertase lo más presto posible, para que tuvieras tiempo de trabajar un poco más. Un solo zapato hecho antes de salir el sol es ya una ganancia más para tu pan diario, ¿sí o no? Ahora bien, si prefieres dormir, yo me calló el pico, y me quedo más mudo que los peces. Pero ¡cuidado con muchas riquezas en sueños cuando despierto te quedas muerto de hambre!..." (45).

Luciano explota los aspectos futuros de la novela, excepto naturalmente el más exquisito psicológico que es el gran avance de nuestros tiempos, y el amor. Pero en él hallamos la gracia, el humor, la picardía peligrada, la malicia picante, el sarcasmo, la ironía, la gravedad filosófica, la alegoría, las aventuras imaginarias, expresado todo en diálogo ágil, magistrales narraciones de la vida ordinaria, e ingeniosísimos argumentos, fecundos y variados. Y si esas no son novelas de costumbres ¿qué son?

Un ejemplo más, el postrero. **Timón** es un pobre misántropo. Otra vez fue rico, ahora trabaja por necesidad en el Campo. De vez en cuando se lamenta del abandono del cielo. Invoca a Zeus, pero lo hace al estilo del incrédulo Luciano, con gracia irreverente, que si no fuera un anacronismo llamaríamos **volteriana**. Escuchémosle:

— "Oh Zeus, patrocinador de la amistad, numen de la hospitalidad, protector del compañerismo, defensor de los hogares, disipador de rayos, fiador de los juramentos, arremolinador de nubes, oh tanante Zeus... Y tantas otras cosas como te llama la inspiración de los poetas, sobre todo cuando necesitan tu nombre para acabar de completar un verso, ya que en esa forma, con la muchedumbre de títulos que te endilgan, sostienen la pesadez del ritmo métrico y llenan los vacíos de las sílabas..."

"Pues bien, oh Zeus, ¿qué se han hecho los relámpagos seguidos de pavoroso estruendo, los truenos multirresonantes y el rayo formidable de llamas y de luces? Eso se volvió mera bagatela, ficción poética, ruido de palabras. Aquel tan ponderado dardo que hería desde muy lejos, que tenías siempre en la mano, ¿cómo se ha extinguido? Curioso: está frío, frío, y no le queda ni siquiera una centella de ira contra los malandrines. . ." (**Timón o El Misántropo**, 1)

Y así continúa quejándose de dioses, amigos, vecinos, de cuanto hay. Ah, los amigos, antes zalameros, ahora tan venales. . .

Mas sucede que Zeus escucha sus plegarias y rico otra vez se va a solas a disfrutar de sus tesoros, con odio por todos los mortales. Los viejos amigos conocen su buena fortuna restaurada y vienen a felicitarlo. El los rechaza a puntapiés, insultos y pedradas. . .

El gusto popular prefiere las historias cortas —sobre todo si son picantes—. Parece que en las grandes ciudades jonias del Asia Menor circulan abundantes colecciones de cuentos así. Al principio, es natural, se transmiten oralmente. Las más importantes se encuentran en la corrompida Mileto y en la Magna Grecia.

La mayor parte de ellas, según los antiguos, son poco más que simples anécdotas, de tema erótico, frívolas de ordinario, licenciosas o abiertamente cínicas y obscenas: las llamadas fábulas **Sibaríticas** e **Historias Milesias (Milesiaka)**. En ellas sobrevive el genio heleno de aquellas regiones, sin perder nunca el sabor de Oriente. No se trata sino de halagar la imaginación y el apetito sensual de lectores oyentes. Cervantes (46) se refiere con cierto desdén en el Quijote a esta clase de "fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar".

Aristides de Mileto es el primero en publicar, hacia el año 100 a. C., una serie de esta clase de historias, no sabemos si inventadas o simplemente compiladas por él. En todo caso, en la antigüedad eran consideradas el prototipo de la indecencia, como lo sugiere el propio Ovidio, el poeta que fue expulsado de Roma por inmoral. . .

**iunxit Aristides Milesia crimina secum pulsus Aristides nec
tamen urbe sua ets. (47).**

(. . . Unió Aristides a su propio nombre las deshonestidades de Mileto, y sin embargo Aristides de su ciudad no fue expulsado. . .)

(46) *Don Quijote*, I, 47.

(47) *Tristia* 2, 413-414.

Nosotros no podemos ahora juzgar de esto porque los originales se perdieron. L. Cornelio Sisenna las veritó en lenguaje latino (*Milesiae Fabulae*), con lo cual se pusieron tan de moda en Roma que casi todos los oficiales romanos las llevaban en su equipaje cuando salían de campaña. . . (48).

Las escasas muestras, de tercera mano, que se conservan pueden darnos una idea de lo que serían. El amor es el tema central pero, naturalmente, manejado con poca dignidad, con sentimiento ordinario, con atrevimiento. Bastarán tres ejemplos para saciar la curiosidad del lector.

El primero lo traducimos de una Carta espúrea de Esquines. Cuenta el corresponsal que, viéndose por Troya, tuvo ocasión de contemplar el impresionante escenario de la *Ilíada*, y de repasar en su corazón los hexámetros homéricos. Y sucedió, entre otras cosas, que allí un grupo de doncellas núbiles estaban ensayando las ceremonias del matrimonio. "Las casanderas tienen por costumbre" —dice el texto griego (49)— acercarse a las orillas del río Escamandro y, una vez bañadas en él, recitar esta fórmula sagrada: "Escamandro, recíbele mi doncelllez". Entre ellas una joven llamada Calíroe, muy hermosa y rozagante, de familia modesta, llegó al río para bañarse. Nosotros contemplábamos la escena y el festival desde lejos, junto con los parientes de las interesadas, y otra mucha gente, según lo acostumbrado en aquella tierra. Pues bien, este bueno de Cimón (de quien venimos hablando) se escondió en un matorral de la ribera y se coronó de cañas: porque había preparado la treita y el engaño contra Calíroe. . .". Lo demás podemos imaginarlo y cómo fue más tarde reconocido por la engañada doncella. . . Y avergonzado delante de todos.

De las imitaciones tardías en griego y en latín citemos íntegra una que cuenta el depravado Petronio —**actor purissimae impuritatis**—, y que él traduce del griego (50): "Había en Efeso una dama tan famosa por su virtud que las mismas mujeres de los países vecinos acudían a contemplar semejante maravilla. Un día perdió a su marido. Ella no se contentó con seguir el cortejo fúnebre con los caballos sueltos, según costumbre, o con golpearse los senos desnudos a los ojos de los presentes, sino que acompañó al difunto hasta la última morada. Una vez depositado el cuerpo, a la manera griega, en el hipogeo, quedose guardándolo y llorándolo día y noche.

(48) Plutarco, *Cross*, 32.

(49) Esquines, *Epist.* X, 3 s.

(50) *Satiricón*, III-112.

“Allí se afligía y buscaba la muerte por inanición, porque ni los padres ni los allegados la podían apartar del sarcófago. Incluso los magistrados hubieron de marcharse ante la negativa rotunda de la mujer. Todo mundo lloraba por su dolor. Mujer única que había padecido ya cinco días sin tomar alimento alguno. Tan sólo una sirvienta se había quedado acompañando a la infeliz esposa, y era la única que prestaba a la afligida la asistencia de sus lágrimas, o la que reavivaba la lámpara funeraria siempre que estaba para extinguirse.

En toda la ciudad no se hablaba más que de la viuda, de ese ejemplo estupendo y raro de castidad, de amor conyugal que había aparecido en la tierra, como comentaban los hombres de todas las clases sociales. Y sucedió que por ese entonces el gobernador de la provincia hizo crucificar a unos bandideros muy cerca de este mausoleo donde la virtuosa dama lloraba su reciente soledad. La noche siguiente a la ejecución, el soldado encargado de vigilar las cruces a fin de que nadie fuera a descolgar los cadáveres y a darles sepultura, advirtió una lucecilla brillante entre las tumbas. Puso cuidado y oyó gemidos lánguidos y, por una debilidad muy común a la humana naturaleza, se apoderó de él la curiosidad de saber quién había por allí y qué hacía.

Bajó, pues al sepulcro. A la vista de esta mujer admirable se quedó al principio inmóvil y como sobrecogido ante un fantasma o una aparición del otro mundo. Pero muy pronto aquel cadáver, ya ciente, las lágrimas que corrían, el rosito desgarrado por las uñas le convencieron de la realidad, de que ante sus ojos tenía una viuda inconsolable en sus pesares. Y no bastó eso. Llevó al cementerio su pobre cena exhortando a la afligida señora a no obstinarse en ese dolor superfluo y a no destrozar el corazón con vanos gemidos: todos —añadía él—, todos tenemos el mismo fin y una misma supremacía. En fin, agotó los argumentos que supo, capaces de sanar un corazón lacerado.

Pero esas palabras, que ella no quiso escuchar, no hicieron más que exasperar el dolor de la dama, que entonces más furiosamente se desgarraba el pecho y se arrancaba los cabellos arrojándolos sobre el muerto. Mas el soldado no se batió en retirada. Redoblando su insistencia, ensayó hacer tomar a la pobre mujer un poco de alimento, y tanto insistió que al fin la sirvienta, seducida sin duda por el olorcillo del vino, cedió la primera y tendió por sí misma a la oferta del tentador una mano que se confesaba vencida. Luego, reconvertida por la bebida y el alimento sólido, se impuso al abrir brecha en la obstinación de su señora preguntándole de que le serviría de-

larse morir de hambre, enterrarse viva, entregar su alma inocente a los hados antes de la hora señalada por ellos... **(Siguen otras razones, que terminan con que el cadáver mismo que yace ante sus ojos es un clamor para que viva).** Nadie oye sin contento la invitación a comer y beber. Total que la dama, extenuada por varios días de ayuno, dejó doblegar su obstinación, y se rehizo con no menor apetito que la sirviente que se había rendido antes.

Por lo demás, todos sabéis qué tentaciones de otro orden despierta en nosotros un estómago lleno. Utilizando las mismas zalamerías que habían persuadido a la dama a que siguiera viviendo, el buen soldado aprendió entonces el asedio a su virtud. Y era que el joven soldado parecía buen mozo, galante, elocuente a los ojos de viuda tan casta, en tanto que la criada le repetía una y otra vez la muletilla: ¿Serás capaz de luchar contra un amor que te complacé? ¿No te acuerdas a qué país has venido a establecerte?

Pero no demos más rodeos. La mujer ni siquiera dejó de satisfacer el apetito de aquella parte del cuerpo, y el soldado, salió vencedor en su persuasión las dos veces. Pasaron juntos no sólo aquella noche en que celebraron sus nupcias, sino también el siguiente y el otro día, con las puertas de la sepultura bien cerradas claro está, para que si alguna persona conocida o desconocida se acercara a la tumba pensase que aquella mujer castísima había muerto sobre el cadáver de su marido.

Por su parte, el soldado encantado de la belleza de aquella conquistadora secreta y misteriosa, no hacía sino comprar todo lo bueno que le permitían sus recursos económicos y, al anochecer, los llevaba al mausoleo. Y aconteció con esto que los parientes de un crucificado, viendo cierta relajación en la vigilancia nocturna, descolgaron por la noche al condenado y le rindieron las últimas obligaciones dándole sepultura, mientras el guardián derretido de amor olvidaba su deber. Al día siguiente empero notó que una de las cruces estaba sin muerto. Aterrado por el suplicio que ahora le esperaba a él, corrió a la viuda a contarle el desgraciado suceso, diciéndole que no esperaba a que el juez lo condenara sino que con su propia espada se daría el último suplicio; solamente le suplicaba que le abriera un rincóncito donde morir y que el sepulcro fatal reuniera dos seres, al amante y al esposo. Mas la matrona, que tenía tan buen corazón como castidad: fiel, le replicó que de ninguna manera: imposible que los dioses permitieran que ella viera los funerales casi al mismo tiempo de los dos hombres que había más amado, de modo que prefirió

antes colgar al muerto que perder al vivo. Y, dicho y hecho, mandó sacar del sarcófago el cadáver del marido para que lo crucificaran en la cruz vacía.

Buena le pareció al soldado la solución de la sagaz mujer y, al día siguiente, el pueblo se admiraba preguntándose qué prodigio era aquel de que el muerto había ido a ponerse en cruz. . . .

La misma línea sigue la obra de Apuleyo, un rico hombre del Africa del N. (siglo I de nuestra era). El hace una traducción al latín de la hoy perdida **Metamorfosis** de Lucio de Patras, la misma que inspira el extraño cuento de Luciano. Es, por otra parte, la única novela latina que se conserva íntegra y se titula **El asno de oro**. Deliciosa, llena de imaginación, de humor, de suspenso. La **Nueva Biblioteca de Autores Españoles, de Madrid**, (tomo XXI), publica una Oración castellana que se resume así: "Lucio Apuleyo del Asno de Oro, corregido y añadido, en el cual se tratan muchas hystorias y fábulas alegres y de cómo una moza su amiga, por lo tornar ave como se avía (**sic**) tornado su señora, que era gran hechicera, erró la buxeta y tornolo de hombre en asno, y andando hecho asno, vido y oyó las maldades y trayciones que las malas mugeres hazen a sus maridos, y así anduvo hasta que al cabo de un año comió de unas rosas y tornose hombre, según que él largamente lo recuenta en este libro".

Lesky (51) rechaza en absoluto la idea de que los **Cuentos Milesios**, con su frivolidad puedan incluirse en la forma preliminar de la novela griega. La razón es que el mismo Homero "pese a su libertad en materias sexuales, tiene ya un alto concepto del honor de las mujeres, en figuras como Penélope y Nausícaa. Sin embargo, en la poesía helenística de la era anterior, se pinta a los hombres como si tuvieran que estimular contra su naturaleza todos los atractivos de Afrodita a la manera de Hipólito, más bien que experimentar el amor de la juventud, tierno a pesar de su vehemencia, puro y reservado. No es fácil dar razones del origen de tales rasgos en el cuadro del amor helenístico. Es posible que se hayan debido en gran parte a una concepción nueva de la naturaleza del Eros, según la descubrieron los filósofos, en especial los Platónicos. Pero no debemos subestimar tampoco el influjo de las narraciones orientales, de las cuales un ejemplo impresionante aparece en la **Ciropeidia** de Jenofonte con la historia de una mujer de la sociedad que ya no exige el amor. También debieron presentarse modelos de la pasión de hombres que excluían la frivolidad y la voluptuosidad. . . .

Otro elemento indispensable de la novela y de la vida es Eros, el Amor, dominante en este género literario. Sería difícil, y fuera de propósito, remontarse hasta los orígenes mismos de la novela erótica. Los temas de amor, la técnica dramática, el suspenso —ya anticipados por Eurípides en sus tragedias— desempeñan un papel definitivo. Su importancia en las letras helenísticas determina en adelante el carácter de la novela griega, que es, en esencia, "una épica decadente que emplea métodos fáciles de mover al lector: oposición del bien y del mal; confidentes y situaciones triangulares; la aflicción de los héroes con infortunios tales como tempestades, naufragios, ataques de saltadores y piratas; y otro peligro más, no menos temible y totalmente inevitable, la singular belleza de cada uno, con varios o ningunos escrúpulos morales... Todos estos reverses demoran la consumación final de entrambos, amenazando a veces hacerla imposible. Así la novela se convierte en la descripción de una búsqueda, intercambiada con desgracias, de manera que el ansiosamente esperando matrimonio se va difiriendo cada vez por fatalidades descorazonadoras" (52).

Un hecho curioso en la novela de los helenos es que una vez que aparece el amor, el reino de la imaginación se arranca de la vida de todos los días, lo maravilloso ocurre allende los confines gastrados de la patria, los amantes son paladines de fidelidad y de constancia únicas.

"El elemento erótico en la novela griega, añade Lesky (53), es de una naturalidad especial. El amor es casi siempre una gran pasión, enteramente en la línea que lo relaciona con Eurípides. Sólo que en la novela no sucumben a la pasión culpable sino únicamente los caracteres secundarios. Sus acciones son las que tren consigó las complicaciones. La pareja central está ligada por un amor grande y puro, que se enciende al primer intercambio de miradas. La meta que se alcanza después de todas las incomprendiones y confusión no es un placer pasajero sino la unión perdurable de dos corazones que se necesitan mutuamente."

En este campo del amor, viniendo ya a los autores, no podemos olvidar al poeta alejandrino Partenio de Nicea (s. I. a. C.) quien es justamente famoso por sus **Historias tristes de amor**. Son 36 romances o, mejor diríamos, esquemas para desarrollar posteriormente. Sobre un fondo flotando de mito o elemento semi-histórico, entra en juego

(52) *Ibid.*
(53) *Ibid.*

el sentimiento, la envidia, el odio, la ambición, pero más que todo un amor "romántico" incomprensido y apasionado, que a veces tiene un final feliz. Traducimos dos ejemplos íntegros que sirvan de ilustración. El primero es la **historia de Leucone** (X):

"Había en Tesalia un tal Cianipo, hijo de Fárax, que se enamoró de una bellísima doncella llamada Leucone. Pidió su mano a los padres de la muchacha, y se casó con ella.

Pues bien, él era aficionadísimo a la caza. Todo el día se lo pasaba cazando leones y jabalíes. Por las noches llegaba tan cansado donde su esposa, que ni una palabra era capaz de dirigirle antes de caer en un profundo sueño.

Ella, afligida por la tristeza y preocupación, estaba muy turbada. Por eso determinó correr el riesgo para expiar a Cianipo, a fin de averiguar qué era lo que le deleitaba tanto tiempo en la montaña. Así, pues, se ciñó la túnica más arriba de las rodillas y, ocultándose a sus servidores, se deslizó por el bosque. Mas las perras de caza de Cianipo andaban persiguiendo una cierva. Y no eran mansas sino bravísimas por la larga experiencia en la cacería. Cuando olfatearon a la señora, se lanzaron sobre ella y, como nadie estaba presente, la hicieron pedazos. Este fue el fin que tuvo, por el amor a su joven esposo.

Cuando Cianipo vino y encontró a Leucone despedazada por los perros, se llenó de un indecible dolor y, convocando a sus compañeros, hizo una gran pira, colocó encima el cadáver, luego sobre la misma sacrificó primero sus perras, y en seguida, con muchas lágrimas por su esposa, se mató también él".

El segundo ejemplo tiene un subtítulo que indica como fuente las fábulas Milesias. Es la de Anteo (XIV):

"El joven Anteo, de sangre real, había sido enviado como rehén desde Halicarnaso al palacio de Fobio, de la raza de Neleo, y que por entonces mandaba sobre Mileto. La esposa de Fobio, Cleobea, a quien otros apellidan Filecme, enamorada del muchacho luchó lo posible para ganárselo. Mas este rehuía sus solicitudes. Unas veces él le declaraba que temblaba si eso se hiciera público; otras apelaba a Zeus, divinidad de la hospitalidad, y al compromiso de honor por sentarse a la mesa común con el rey.

Cleobea, sin embargo, llevó muy a mal todas estas razones, y se propuso interiormente vengarse de él, y antes lo llamó cruel y

orgullosa. Así iba corriendo el tiempo, y ella pretendiendo que había acabado con ese amor. Claro día echó al fondo de un pozo una perla casera, y rogó el favor a Anteo de bajar y sacársela. El joven consentió al punto sin sospechar nada. Pero Cleobea le arrojó una pesada piedra. El murió al instante.

Más ella reflexionando en el atroz crimen cometido y, por otra parte, todavía encendida en una excesiva pasión por el mozo, se ahorcó. Fobio, sin embargo, por esta tragedia se consideró maldito, y entregó su reino a los frigios."

Hasta aquí Partenio. La novela erótica más antigua —de la cual sobreviven dos fragmentos inconexos entre sí— es la de **Nino**, rey de Asiria, y Semíramis (54). Escrita hacia el siglo II antes de Cristo, el amor impetuoso desempeña un importante papel: Nino (16 años de edad) y su armada suplican cada uno a las respectivas progenitoras del otro que les dejen acelerar las bodas (**primer fragmento**); el joven rey aparece comandando las tropas asirias de 70.000 infantes, 30.000 caballos y 150 elefantes contra los armenios (**segundo fragmento**). Los papiros están tan deteriorados en algunas partes que no permiten la traducción sino a base de conjeturas. Pero se adviña la línea griega de la novela, mezcla de lo semi-histórico con lo meramente imaginario.

No habría espacio acá para mencionar cada uno de los otros primeros romances de amor entre los helenos. **Quereas y Calirroe**, de Caritón de Afrodisia en Caria, quiere ser histórica y es sentimental. Se trata de una aventura en tiempos de Artajerjes II y los sátrapas Farnaces y Mitridates.

Quereas está casado en Siracusa con Calirroe, cuya belleza de la estupefacto a todo el mundo. Por un exceso de celos, Quereas golpea de tal modo a la hermosa víctima que la dan por muerta. Y así la entierran. Pero unos ladrones de tumbas la hallan viva, se la roban, se la llevan a Mileto, y la venden para un harén de Artajerjes. Por su parte Quereas, que la sigue queriendo, sabe por una diosa que la "muerta" está viva. Y se dedica a buscarla por todas partes. Y por andar en esas es cogido prisionero y vendido como esclavo. Pero resulta que el nuevo amo de este quiere él también a la Calirroe. El árbitro entre los dos déspotas va a ser el sátrapa de Caria de Persia. En esas llegan nuevas de la sublevación de Egipto. Quereas, aprovechando la oportunidad, logra escapar de su amo, se

(54) *cf.* Daphnis and Chloë, Parthenius and other fragm., Loeb Class. Libr., 1955.

une a los egipcios, y los conduce a la victoria. Naturalmente coge prisioneras a todas las mujeres de la corte persa, entre las cuales está la Calirroe, con quien torna arrepentido a Siracusa. ¡Y viven felices!

El siglo II después de Cristo parece haber sido relativamente afortunado en esta clase de novelas: Aquiles Tacio con su **Leucipe y Clitofonte**, considerada por los bizantinos como una obra maestra; Heliodoro de Emesa con su **Etiópica o Teágenes y Caliclea**; Longo (?) con su **Dafnis y Cloe**, Jenofonte de Efeso con su **Efesíaca o Habrócomes y Antía**, inspirada en la de Caritón; las **Babilónicas** de Yámblico de Siria, dedicadas a Antíoco I Soter; las **Egipcíacas** de Maneto, sumo sacerdote de Heliópolis, consagradas a Prolomeo Filadelfo; las **Meta-morfosis** de Lucio de Patras; la romántica historia del infortunado **Apolonio príncipe de Tiro**, muy popular en la Edad Media por la versión latina de Celio Simposio (?), que es la que sobrevive ya que el original se perdió; **Herpilis, Caligone, Antea, Quione**, y otras más de autores desconocidos o secundarios.

De todas estas, tres merecerían especial estudio: las de Heliodoro, Yámblico y Longo. Heliodoro, pagano convertido (?) y más tarde obispo de Trikka en Tesalia (55), es notable por el talento descriptivo y cierto sentido de la composición. Sabe mantener el suspenso y la curiosidad del lector. Todo problema resuelto queda encadenado con otro más, y así sucesivamente. "Como historia de amor y aventura bien contaba la **Etiópica** tiene probablemente, de todas las novelas griegas, el mejor incentivo para llamar la atención del lector moderno" (56). Como vamos a verlo en el mero comienzo de esta obra:

"El día comenzaba a sonreír y el sol a iluminar las crestas de las montañas. Unos hombres armados como bandidos estaban al acecho en las alturas que se extienden a lo largo de la desembocadura del Nilo, en el lugar llamado de Hércules. Se habían detenido un momento para recorrer con los ojos el mar que yacía a sus pies. En vano escrutaban las olas: estaban vacías y no prometían botín alguno. Con eso bajaron la mirada hacia la playa cercana. Y vieron allí un barco amarrado, sin equipaje, pero lleno de carga, como se podía conjeturar aun a distancia. Porque la carga hacía hundir el barco en el agua hasta la tercera franja. Por la playa se extendían

(55) Sócrates. *Hist. eccl.*, 5, 22, 51. Otros opinan que Heliodoro es un pagano y, más precisamente un adepto del neopitagorismo. El mismo se describe como fenicio de la ciudad de Emesa. Hay quienes creen que es sucesivamente sacerdote del sol en Siria y, convertido al cristianismo, obispo de Trikka.

(56) Hadas, *A History of Greek Literature*, pg. 296.

personas recientemente asesinadas, unas ya muertas, otras agonizando, cuyos miembros palpitantes aún daban a entender que la lucha acababa de terminar.

Lucha extraña, a juzgar por las trazas que habían dejado, porque se veían también esparcidos los restos infelices de un festín desgraciado al que la suerte había reservado tan triste desenlace. Las mesas estaban repletas de comida. Unas por tierra estaban todavía cogidas por las manos de las víctimas a las que habían servido como armas defensivas contra el ataque imprevisto; otras recubrían a los hombres que habían creído poder refugiarse bajo su protección. Las crateras estaban volcadas y algunas escaparon a las manos de los bebedores o de los que las habían convertido en proyectiles. Lo repentino del ataque los había obligado a emplear las copas para un uso nuevo y a hacerse armas que lanzar.

Yacían por el suelo heridos, unos a hachazos, otros a piedra que la playa misma les había suministrado; estos tenían los miembros golpeados por un mazo, aquellos el cuerpo quemado con hachones. Se había presentado la muerte en mil formas. Pero la mayoría habían sido víctimas de arcos y flechas. Infinitamente variado era el espectáculo que había placido al destino formar en este estrecho espacio. Vino manchado con sangre, festín y guerra, bebida y muerte, libaciones y sacrificios: tal era el cuadro que los bandoleros egipcios tenían a la vista.

De lo alto donde estaban contemplaban esta escena sin poder comprenderla: si allí estaban las víctimas no veían por ninguna parte a los vencedores. La victoria era manifiesta, mas el botín intacto, y el barco abandonado, vacío de hombres, no estaba menos cargado de todas sus mercancías, como si hubiera sido protegido por numerosos defensores y como en pleno mar se balanceaba. Aun cuando ignoraban lo que había sucedido, seducidos por el atractivo del pillaje y considerándose amos del campo de batalla, se lanzaron cuesta abajo.

Al llegar cerca del navío y de los muertos advirtieron una escena más extraña aún. Una muchacha estaba sentada sobre una alta roca. Su belleza era maravillosa. Se la hubiera tomado por una diosa inmortal. La presente desdicha la hacía sufrir de una manera cruel pero mostraba un ánimo fuerte y noble. La cabeza coronada de laurel, llevaba ella a las espaldas un carcaj. El brazo izquierdo reposaba sobre un arco mientras que la mano caía con negligencia. El codo del otro brazo se apoyaba sobre la pierna derecha. La mejilla des-

cansaba sobre la mano. Tenía los ojos bajos y la cabeza inmóvil contemplando a un joven que yacía en el suelo. Este, horriblemente herido, parecía despertar de un profundo sueño, casi de la muerte. Con todo, su viril belleza resplandecía aún en él, y la sangre de que estaban inundadas sus mejillas hacían resaltar la blancura deslumbrante de su tez. Pese al sufrimiento que hacía pesados los párpados, se levantó su mirada atraída por la vista de esta joven, y sólo estos ojos podían obligarlo a ver. Volvió a tomar aliento, dió un profundo suspiro, y dijo con voz débil: "—Dulce amiga, ¿estás de veras con vida? o, ¿víctima también de esta agresión, rehusarás—aun después de la muerte— separarte de mí para unir tu sombra y tu alma a mi infortunio?" —"De tí solo, respondió la muchacha, depende mi vida o mi muerte. ¿Ves esta arma? ¡y mostraba sobre las rodillas una espada! Hasta ahora no me ha servido porque tu respiración ha detenido mi mano" . . .

Esto diciendo, se lanzó corriendo desde la roca, y los bandidos en la colina, sorprendidos y espantados por este espectáculo, y como heridos por un rayo se escondieron entre los matorrales. Más grande aún y más divina les parecía la niña después. Las flechas agitadas de repente resonaban en el carcaj, su vestido recamado de oro resplandecía al sol y los cabellos bajo la corona flotaban y le cubrían la espalda casi del todo. Estaban menos espantados por lo que veían que por el misterio de tales sucesos. Para unos era una diosa, Artemis o Isis, divinidades de este país, para otros una sacerdotisa agitada de un furor sagrado y autora de esta inmensa carnicería. Así razonaban, desconociendo aún la verdad. Ella descendió rápidamente hacia el joven, y teniendo abrazado todo su cuerpo, lloraba, le besaba, le enjugaba la sangre, gemía, y no podía creer que estaba en sus brazos.

A la vista de esto los egipcios cambiaron de sentimientos. . . .

Esta novela fue muy admirada por Cervantes, quien hace memoria de ella al escribir sus **Novelas Ejemplares** (57): "Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas son más propias, no imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. . . Tras ella, si la vida no me deja, te ofrezco los **Trabajos de Persiles**, libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza. . . ."

"El mérito de Heliodoro —comenta Menéndez Pelayo (58)—, no consiste en la fábula ni tampoco en el estilo que, aunque superior a su tiempo, es una especie de prosa poética llena de cantones de Homero y Eurípides, sino en la moral pura y afectuosa que todo el libro respira, en la ternura de algunos pasajes y en cierta ingeniosa psicología con que el autor expone y razona los actos de sus personajes, dando el primer ejemplo de novela **sentimental**, aunque no muy apasionada. Tal novedad, unida al prestigio que cualquier libro griego o latino, aun de los más endebles, tenía en tiempos pasados, explica la gran popularidad del **Teágenes**, cuya importancia en la historia de la novela es innegable. . . ."

De los treinta y cinco libros de las **Babilónicas** que escribiera Yámblico de Siria —contemporáneo del emperador romano Marco Aurelio— no se conserva sino un compendio hecho por Focio en el siglo IX, en que **una de tantas historias** parece un drama con tres personajes: Protagonistas son Ródanes (movido por el amor), Siris (agitada por los celos) y el villano rey Garmo (impelido por la injuria). Los dos amantes escapan del tirano. Perseguidos por uno de los criados de este, un tal Demas, pasan miles de trabajos y peligros, cada cual por su lado, debidos en parte a la malignidad del monarca y de sus paniaguados, y en parte a los celos de Siris que sospecha que Ródanes ama a otra mujer. Por último, todo termina felizmente. Los amantes se reconcilian, vuelven a unirse, y Ródanes llega a ser rey en lugar de Garmo.

Dafnis y Cloe es la célebre novela pastoril de Longo (?) de Lesbos(?). "Es, con seguridad, una de las historias más encantadoras contradas nunca", afirma el erudito helenista norteamericano Moses Hadas (59). El autor, de quien nada se conoce a ciencia cierta, se supone que es un personaje de la escuela sofista y parece haber por lo menos vivido en Lesbos, porque describe con mucha precisión y detalles el paisaje de Mitilene, la capital de la isla.

Hoy se la considera fruto de un arte maduro y, como comenta Thorneý, es "la más dulce y placentera novela pastoril para señoritas". Longo no se interesa prácticamente sino por el corazón humano. Es una fortuna que en castellano tengamos la deliciosa versión de don Juan Valera, quien trasvasa a nuestro idioma, junto con el estilo "sabiamente familiar, expresivo y donairoso", el espíritu pastoril de aquellos tiempos. **Dafnis y Cloe** era muy admirada por Goethe.

(58) *ibid.*

(59) o. c. pg. 296.

Las novelas griegas que han sobrevivido no son sino una fracción de las que se escribieron. Es imposible saber cuántas se perdieron. Algunas de ellas dejaron su huella en los **Gesta Romanorum**, compilación medieval de anécdotas y narraciones de casos ante los tribunales entresacados en parte de las **Controversiae** de Séneca el Viejo, de los cuales autores modernos (Gower, Shakespeare y otros) han sacado abundante material para sus escritos.

Los paganos, y aun los cristianos leían otrora esos romances, sobre todo los bizantinos. Los cristianos, a su vez, no sólo leyeron sino que también escribieron algunos. En las **Actas de Janitipa y Polixena**, de perfecta ortodoxia, escritas muy posiblemente en el siglo IV p. C., figuran secuestrros, escapadas, sorpresas, suspenso, típicos de la novela helénica. **La bajada al infierno**, parte del **Evangelio de Nicodemus** es un libro de vigorosa imaginación propia de la cuarta centuria, en que se notan las huellas de los modelos de Grecia. Un presbítero del Asia escribe las **Actas de San Pablo y Tecla**, "imbuído en la falsa opinión de que era lícito a las mujeres el sacerdocio; y la predicación en la Iglesia" (61). En realidad "la irresistible necesidad de la imaginación de los fieles, (...) no satisfecha con la divina sobriedad del relato evangélico y apostólico, aspiraba a completarle, ya con tradiciones, a veces muy piadosas y respetables, ya con detalles candorosos, que apenas pueden llamarse fábulas (...). Pero hubo casos en que la ficción no fue enteramente inofensiva; por haberse mezclado en ella el interés de las diversas sectas heréticas, que llegó a viciar hasta los mismos evangelios canónicos (...). Pero muerta con el tiempo o casi ininteligible ya la parte de polémica teológica que estos libros contenían, quedó sólo la parte edificante y con ella el interés novelesco, pudiendo decirse que la novela místico-allegórica nació con las suaves visiones del **Pastor de Hermas**..." (62)

Y así, casi insensiblemente, hemos llegado a los primeros tiempos cristianos y a las escrituras apócrifas. Pero ya para entonces ha tomado cuerpo la **novela**, apta especialmente para convertirse en expresión de los tiempos de revolución y de crisis (63), en la expresión de una concepción cambiada de la vida (64), y con ella cesan las aportaciones antiguas del "milagro griego", que era nuestro propósito exponer.

(60) Menéndez Pelayo, l. c.

(61) *ibid.*

(62) F. Altheim, *Lit. u. Gesellschaft im ausgehenden Altertum*. Halle, 1948.

(63) A. Lesky, o. l., pg. 861.

BIBLIOGRAFIA

- E. H. HAIGHT, *Essays on the Greek Romances*, New York, 1943.
- BR. LAVAAGNINI, *Studi sul romanzo greco*, Messina-Firenze, 1950.
- M. MENENDEZ PELAYO, *Orígenes de la novela*, Consejo Sup. de Inv. Científ., 1943.
- G. A. HIRSCHIG, *Evroici scriptores graeci*, Paris, 1856.
- P. GRIMAL, *Romans grecs et latins, Textes présentés, trad. et ann.*, Paris, 1958.
- E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, 1914 (*Esta obra es clásica en este tema*).
- P. D. HUET, *Traité de l'origine des Romans*, 1671. (*De interés histórico*).
- A. CHASSANG, *Histoire du roman dans l'antiquité grecque et latine*, Paris, 1862.
- S. GASELEE, *Appendix on the Greek Novel*, en Loeb Class. Lib., Daph. and Chloe.
- R. MERKELBACH, *Roman und Mysterium in der Antike*, Munich, 1962.
- M. HADAS, *A History of Greek Lit.*, Columbia U. P., N.Y. (1962).
- A. LESKY, *A History of Greek Lit.*, Methuen and Co., London (1966).
- R. FLACELIERE, *A Literary History of Greek Lit.*, Elek Books, London (1965).
- A. TOVAR, Luciano, Ed. Labor, Barcelona, 1949.